Pardo Bazan

El Castillo de la Fada

C-2/30

M. 8991

C-2/30

EL CASTILLO DE LA FADA.

Al Sr. D. Joaquin
Cornañel

La autora.

R. 42

EL CASTILLO DE LA FADA.

LEYENDA FANTÁSTICA

POR

EMILIA PARDO BAZAN.

Biblioteca de EL MIÑO.

BIBLIOTECA VIGO PENZOL

VIGO—1866.

ESTAB. TIPOG. DE D. JUAN COMPAÑEL,
Calle Real, núm. 12.

R. 8922

INTRODUCCION.

El sol ya se va ocultando:
Deja tu labor, Maria,
Que empleaste bien el dia,
No tengo queja de tí.
Enciende el candil tomado
Que nuestro hogar ilumina,
Y, arreglada la cocina,
Siéntate cerca de mí.
Leyendo estoy en tus ojos.
¿Quieres oir una historia
De amor, de combate ó gloria
De las que te cuento yó?
O la leyenda famosa
Del conquistador Germano?
O la infáusta de Atilano
Que envenenado murió?
Mas estas ya son sabidas;

Y si una nueva pudiera
Referirte, yo te hiciera
Los cabellos erizar;
Y con la vista turbada
Y el corazon oprimido,
Ver un espectro escondido
En las llamas del hogar.
Ah! ya me acuerdo. Oye atenta,
No interrumpas mi relato
Pues de referirte trato
Un hecho que me contó
Mi madre cuando era niño
En una larga velada;
Melancólica balada
Que jamás se me olvidó.

I.

¿No recuerdas que á orillas del rio
cuyo curso se tuerce al poniente
una torre grandiosa, imponente
alza altiva su noble esbeltéz?
No recuerdas sus altas almenas
que la yedra corona frondosa;
no recuerdas su sala espaciosa
que te hice admirar una véz?
Sobre una verde colina
se alza esta torre gigante
que todo el país domina;
por la parte de levante
le presta sombra una encina.
De la colina á la falda
se reclina un pueblecito
semejante á una guirnalda
de madera ó de granito
sobre un celaje de gualda.
Un sendero tortuoso
bajaba desde la altura
como un lazo caprichoso
que la uniese á la llanura
en paramento gracioso;
y abajo, con su corriente
placentera y sosegada
luce el rio mansamente

su superficie, rizada
por las áuras levemente.
Raras veces el pié humano
por el sendero transita
ni desciende de él al llano;
pues rudo pavor insano
los espíritus agita;
y cuando casualmente
pasan cerca del Torreon,
todos la morena frente
con estraña conmocion
santíguan devotamente.
De la Torre misteriosa
con almenas coronada
cuentan como cierta cosa
que allí reside una hermosa
y melancólica fada;
y que en las salas sin cuento
hay una yerba bendita
que tiene virtudes ciento:
cogida en cierto momento
á los muertos resucita.
Que la fada al atrevido,
que el remedio á cojer fuere,
tiene del ropaje asido
y le hace que, conmovido
diga para que la quiere.
Si es justo el motivo, y cierto,
le dá la yerba que sana,
y guia su paso incierto;
si miente, aparece muerto

á la siguiente mañana.
¡Qué terrible tradicion!
Ya vés, mi hermosa María
que, en su estraña conmocion
al santiguarse tenia
el campesino razon.

II.

En el pueblo pacífico y riente
que se solaza al pié de la colina,
y hácia el rio de límpida corriente
los blancos brazos con amor inclina;
en paz tranquila y amistad dichosa
deslizaban dos jóvenes hermanos.
viviendo del trabajo de sus manos,
su monótana vida silenciosa
Gemelos son; su fraternal cariño
en tan sólidas bases cimentado,
entre los juegos comenzó del niño
y en el jóven siguió mas acendrado;
cuando, vertiendo llanto doloroso
agenos de alegria y de consuelo,
vieron su padre, anciano y achacoso
abandonar la tierra por el cielo.
Su mútuo amor, su edad, sus ilusiones
borró el pesar de su orfandad doliente
y en sus dos juveniles corazones
dulce esperanza renació riente.
Llámanse Alvaro y Juan. Tan semejante
es su gallardo porte y cuerpo bello.
que parece uno mismo su semblante

y sus ojos anima igual destello;
pero hace tiempo que notó la gente
que, mientras Juan entusiasmado canta
y rie y charla y juega alegremente,
Alvaro la cabeza no levanta;
y en sus ojos un círculo azulado
denota una tenaz melancolia,
y parece, abatido y doblegado
dar un eterno adios á la alegria;
no concurre á las fiestas, ni comprende
que en él fija los ojos todo el mundo,
y Juan á cada paso se sorprende
al ver alejamiento tan profundo.

III.

Del pueblo á la conclusion
y el rio nó muy lejos
se alza una casita blanca
en un sitio pintoresco.
Por todas partes la cercan
verdes árboles espesos
lilas y adelfas floridas
naranjos y limoneros.
Cási no se vé la casa
entre su frondoso cerco,
ni sus pequeñas ventanas
ni el jardin tambien pequeño.
¿Mas para qué quiere flores
este oásis placentero
si encierran sus muros grises
el lírio mas puro y bello,
la azucena mas gallarda

el clavel mas hechicero,
Aura, la estrella de amores,
la mas bonita del pueblo?
Rodean su lindo rostro
sus abundantes cabellos,
afrenta del azabache
como sus ojos del fuego;
su talle se balancea
como palma del desierto;
su boca amable sonríe
nácar y perlas luciendo.....
Y si es hermosa la niña
no lo preguntó al espejo;
pues tiene tan dulce porte,
continente tan modesto,
que parece que no sabe
que es su semblante tan bello.
Aura sale muchas veces
con los brazos descubiertos,
y un canastillo de ropa
terciado al brazo derecho;
é inclinada sobre el rio
lava con afan y anhelo.
Pero á veces, melancólica
la ocupacion suspendiendo
un suspiro misterioso
deja escapar de su pecho;
mira á las águas tranquilas;
al horizonte de fuego,
que el sol poniente arrebola
con mil celajes diversos;

y entre suspiro y sonrisa
vuelve á recojer el cesto
y se dirije á su casa
por el usado sendero,
siempre mirando á los árboles,
al horizonte y al cielo.

IV.

Alvaro, un pesar te aqueja,
No me lo niegues, por Dios,
bien sabes que me ofreciste
abrirme tu corazon.
Tú estas triste; tú no puedes
disimular tu dolor;
dime cual es el motivo
de tu afan, de tu afliccion.
Y Juan, con cariño inquieto
á su hermano rodeó
al cuello los rudos brazos
ciñéndole con amor.
Oh! déjame! Alvaro dice
con melancólico acento;
mis males los cura solo
Juan, el olvido y el tiempo.
Mas... pues quieres que te diga
mi doloroso secreto;
pues quieres que te revele
lo que se alberga en mi pecho,
júrame que guardarás
un absoluto silencio.
—Lo juro.—Escúchame pues:

Amo á un ser radiante y bello;
ignoro si es ángel puro
ó creacion del infierno,
que me persigue de dia
que me aparece entre sueños,
y cuya espléndida imágen
siempre ante mis ojos tengo.
Yo la seguí como sigue
al remolino el viento
la frágil hoja, que arranca
del débil tallo el invierno!
yo pasee por su calle
fijo en ella el pensamiento!
¡Ojalá que el amor mio
al nacer hubiese muerto!
no sentiria hoy mi alma
este espantoso tormento,
ni horadarla gota á gota
una corriente de fuego;
no el dardo agudo sintiera
de desgarradores celos!
no un pensamiento de muerte
terrible, sombrío, intenso
guardára y acariciara
cual áspid de inchado cuello
que entre flores se cobija
aguardando al viajero!
—¡Qué dices!—Que existe un hombre
á quien yo he visto, hace tiempo
conversando con mi amada
por la ventana en secreto;

era de noche..... yo ignoro
quien es; pero le aborrezco!
—Loco estás hermano mio,
loco de furor y celos!
—Le mataré, no lo dudes!
—Qué terrible pensamiento!
—Ah! no te admire, Juan! yo no pretendo
que ayudes á mi amor, ni à mi locura;
pero en matar á mi rival comprendo
que estriba solamente mi ventura.
Oh! deja, sí, porque matarle quiero
y volverle dolor por mis dolores;
y hace ya tiempo la ocasion espero
de vengar mi desdicha y mis amores.

V.

Es una noche tranquila
y serena y silenciosa,
en que la suave luna
pardas nubes encapotan.
Abren las flores lozanas
sus purpurinas corolas
y la agradable frescura
respiran con ánsia loca.
Apacible lleva el rio
sus puras rizadas ondas
al pié del pequeño pueblo
que blandamente reposa;
las tinieblas son espesas
entre las calles angostas
y cae una lluvia fina

que se disipa en la atmósfera.
En una calle sombría
y callada y misteriosa
que hácia el estremo del pueblo
corre en vuelta caprichosa,
y cuyas casas pequeñas
rodean huertas frondosas
á su espalda colocadas;
á la luz trémula y roja
de un farol agonizante,
se destaca entre las sombras
un bulto, que es imposible
ver su verdadera forma.
El bulto cauto adelanta
y su oscura capa emboza;
después al farol se acerca
y la débil llama sopla
que por un momento oscila
y luego se apaga toda.
Entonces el negro bulto
con precaucion recelosa
mira para todos lados;
y, viendo la calle sola,
á una reja se aproxima;
un silbido de su boca
deja escapar; y al momento
como vision vagarosa
de esas que en las nubes rápidas
envueltas en gasas flotan,
aparece en la ventana
una delicada forma,

y dice con voz que imita
los ecos del arpa eólia:
—Mucho has tardado, y creí
que no vendrías, bien mio.
¿Fué ocupacion ó desvio
lo que te alejó de mí?
—Desvío! pues tú no sabes
hasta donde yo te quiero?
Te amo, como al reguero
aman las sedientas aves;
como el árbol á su flor,
como el pájaro á su nido;
como el niño que ha perdido
á la madre de su amor!
—El verte me dá consuelo:
pues si tardas un momento,
con fatal presentimiento
se cubre el alma de duelo;
cuando no oigo tu querer
ni me alegra tu alegria,
siempre temo, vida mia,
que no he de volverte á ver.
—Aura fresca y deliciosa
lirio del valle galano,
bien ves que formaste en vano
tu sospecha dolorosa.
Adios, es muy tarde ya,
y tal vez Alvaro espera.
—No te vayas—¡Si pudiera!
pero mi hermano querrá.....
—Adios, vida de mi vida,

—Adios Aura, hasta mañana. –
Y la niña la ventana
cerró tras la despedida.
El galan con paso lento
dejó la calle, embebido
caminando distraido
en un dulce pensamiento.
Pero la esquina al volver
lanza un gemido doliente
y cae pesadamente
sin poderse sostener;
con el pecho atravesado
de puñalada traidora,
y el nombre de la que adora
en el lábio ensangrentado.
El eco de su gemido
débil y desgarrador,
sin duda hirió con dolor
del asesino el oido;
pues saliendo de la esquina
donde se estuviera oculto,
mostró el embozado bulto
y hácia el herido se inclina.
Procura su rostro ver:
¡vano afan! inútil duelo!
está muy oscuro el cielo
y no lleva que encender.
En esto apareció la luna un poco
y el rostro iluminó lívido y frio;
y el matador, desatentado y loco
huyó de allí gritando: ¡hermano mio!

VI.

Al fin el ancha bóveda del cielo
iluminó la luna plateada.
tendiendo cariñosa por el suelo
su virginal y lánguida mirada.
Las grises nubes su cendal pesado
rasgaron en pedazos dividido;
y á lejanos confines relegado
huyó doliente su escuadron vencido.
En el profundo azúl se reflejaron
las pálidas estrellas pensativas,
y sobre el mar tranquilo chispearon
con prestigio fugaz sus luces vivas.
El sombrío Castillo dibujóse
que tiene por cimiento una colina;
su fantástica sombra reflejóse
sobre el sereno rio que domina.
Encaje de granito
magnífico, grandioso
el rio reproduce
en cinta de cristal;
parece al que lo mira
prestigio misterioso,
alcázar que vacila
fantástico y fugaz.
Aquél que mira al rio
y vé la mole inmensa
que tiene por espejo
la cinta de cristal,

deséa dirigirse
con tentacion intensa
al fondo de las aguas
que vé reverberar.
La luna que ilumina
con plácido reflejo
en chispas saltadoras
la cinta de cristal,
encanto presta estraño
al singular espejo
donde la Torre antígua
se vé reverberar.

VII.

El sendero
que conduce
á la Torre,
solo está:
blanca cinta
se le mira
por la altura
serpear.
Mas de pronto
se distingue
un fantasma
ó vision:
que tal debe
ser sin duda
el que sube
al Torreon.
Sus cabellos

mece el viento;
corre ansioso
sin parar;
la aspereza
del camino
no le obliga
á reposar.
Si de cerca
se le mira
bien se deja
conocer,
que algun hombre
enagenado
el fantasma
debe ser.
Nada cubre
su cabeza:
tiene estraña
palidez:
brilla el llanto
en sus ojos,
y vacila
sin caer.
De su boca
las palabras
balbucientes
salen ya,
y murmura
locamente,
y no sabe
donde vá.

Es Alvaro infeliz que sube ansioso
mientras la clara luna le ilumina
y lleva impreso en la arrugada frente
el sello de Cain el fratricida.
Era mi hermano! (esclama y se detiene)
A quien asesinó mi saña impia!
Era mi hermano! y le maté! y su sangre
bañó mi mano en oleada tibia!
Si mi esperanza no defrauda el cielo,
si hallo la yerba mágica y bendita,
en cambio de la vida de mi hermano
Dios de inmensa piedad ¡tomad la mia!
Y asciende en el sendero fatigoso
y á todas partes agitado mira,
cual si viera el espectro de su hermano
fijando en él las cóncavas pupilas.
Cerca está de la Torre: y un suspiro
de su garganta escápase oprimido,
y dos ardientes lágrimas de fuego
resbalan por sus pálidas megillas.

VIII.

Una puerta destruida
al Castillo dá la entrada,
muy pocas veces usada
y del tiempo carcomida.
Alvaro empujó la puerta
con sus temblorosos brazos;
cayeron varios pedazos,
y franca quedó y abierta.
En su frente húmeda y fria

brilló estraña agitacion,
mientras que su corazon
apresurado latia.
Avanzar no es fácil cosa:
pues, aunque franca la entrada,
le espantaba aquella helada
oscuridad cavernosa.
Tendió la vista hácia bajo
y vió la aldea dormida;
y, perezosa y perdida
la corriente por debajo,
en la pared se reclina
pálido y desatentaáo,
pues crée que han agitado
el ramaje de la encina.
Vibradoras y pausadas
trajo la brisa á su oido
con poderoso sonido
doce lentas campanadas;
y estremecióse temblando
y lanzóse por la puerta
con planta débil, incierta
en las piedras tropezando.
Atravesó una larga galeria
dó sus pisadas resonaban huecas
y el triste rayo de penosa luna
iluminaba las mohosas grietas.
Altas arcadas góticas ornaban
sus elevados muros, encubiertas
por largos pabellones de follaje
de retorcida y caprichosa yedra.

Las frias losas á los piés rechazan:
y en iguales monótonas hileras
tumbas se miran, dó acostados yacen
nobles barones de tallada piedra.
Al terminar la larga galeria
Alvaro tropezó con una puerta
que empujó con el pié: lento chirrido
lanzó, mostrando una abertura negra.
Alvaro al contemplarla, se estremece:
todo su cuerpo conmovido tiembla:
baña su frente el frio de la angustia,
y un rato duda y abrumado queda.
En esto vé á su hermano, atravesado
el jóven pecho con herida artera,
y lanza un grito, y trémulo se arroja
por el dintel de la pequeña puerta.
Ya nada vé. Con paso vacilante
corta de larga sala las tinieblas;
le sostiene su fé; piensa en la Fada
que ha de mostrarle la bendita yerba:
y con el corazon desfallecido
y el alma ardiente de temores llena,
domina su terror, y allá en la bóveda
resonar oye sus pisadas huecas.

IX.

Mas de pronto lanza un grito
aterrador, espantoso,
al que un eco cavernoso
sordamente contestó:
y quiere andar adelante

y todo su esfuerzo es vano;
grita ¡vengo por mi hermano!
y—¡hermano! una voz gritó!
No sin motivo se agita,
su temor es bien creible,
pues una mano invisible
le sujeta á la pared;
y es nécio su devanéo
y es inútil su porfía,
y en vano se sacudia
una, y otra, y otra véz.
Por fin se aquieta y detiene
en actitud sosegada;
que es la mano de la Fada
piensa quien le coje así,
y dice: dame la yerba
que los muertos resucita;
mi hermano la necesita:
por eso he venido aquí.
Yo mismo le dí la muerte
llevado de error insano:
y al conocer á mi hermano
á venir me apresuré.
Por el cielo te conjuro
Fada bella bienhechora,
que la yerba salvadora
me dés; sinó moriré.
Nadie contestó: tan solo
oyóse un largo gemido,
muy semejante al ruido
del Aquilon al zumbar:

y Alvaro tembloroso
quiere seguir adelante,
y conoce que al instante
le vuelven á sujetar.
Tiembla: su razon vacila:
conoce que en fuego ardiente
hierve abrasada su mente
y le salta el corazon:
para ver quien le detiene
tiende los brazos: en vano:
no tiene cuerpo la mano
que á la pared le clavó.
Entónces, con desaliento,
la frente en sudor bañada
y la razon trastornada
quiere y no puede llorar;
de pronto, una vision bella
el corazon consolando
vé aparecer, disipando
la siniestra oscuridad.

X.

La lánguida Fada
con ojos azules,
envuelta entre tules
la pálida faz;
en trono de nubes
que cerca el espacio,
aéreo palacio,
se vé reclinar.
Rodéanla miles

de bellas visiones
que gratas canciones
entonan con fé,
en arpas de oro
con célico canto:
dulcísimo encanto
siente quien las vé.
La Fada sonríe
y tiende los brazos,
y plácidos lazos
con ellos formó
al jóven, y un beso
que quema su frente
inspírale ardiente
fugáz emocion.
El jóven la sombra
que vaga flotante
desea un instante
allí sujetar:
y cual niebla leve
cual grato rocío,
cual onda del rio
la vé disipar
La luz deliciosa
el canto sonoro
del arpa de oro
se borran tambien:
y fuegos azules
y rojas llamadas
distingue abrasadas
cercando su sien.

En esto, la frente
cual pálida cera,
la boca severa
y lívida faz,
el pecho vertiendo
la sangre encendida,
oculto en la herida
el fiero puñal,
distingue aterrado
á Juan moribundo,
gemido profundo
lanzando al morir;
y Alvaro quiere
hablar, y es en vano,
la voz de su hermano
doliente al sentir.

XI.

De pronto, la fáz torva contraida
con talla de gigante Juan se alzó,
y, tomando la sangre de su herida,
al rostro de su hermano la arrojó.
Cain! grita con voz aterradora,
asesino traidor ¡yo te maldigo!
pueda el cielo y la tierra desde ahora
negarte fé y amor, perdon y abrigo!
Y con rábia y con vértigo y locura
la enorme herida con la mano ensancha,
y sangre arroja nuevamente al rostro
de su hermano infeliz, que tiembla y calla;
y siente cual si fuego liquidado

su faz cubriese en densas oleadas,
y juntando las manos suplicantes
piedad sumiso con terror demanda.

XII.

Huye la vision horrible,
cesa la impresion del fuego,
y en consuelo indescriptible
á la Fada vuelve á ver,
con sus cabellos dorados
y con su dulce sonrisa
y sus ojos azulados
y su amable languidéz.
Trae en sus manos divinas
un ház de yerba de oro,
con las flores peregrinas
de esmeralda y de rubí,
y á lo léjos se divisa
un paisaje delicioso,
que acaricia mansa brisa
y se pierde en el cenít.
Como lleva
la bonanza
tras la oscura
tempestad
dulce rayo
de la luna
que convida
á bogar;
así el jóven
estasiado

siente el alma
sonreir,
y contempla
las visiones
y se alegra
y es feliz.
Y las arpas de dulce melodía,
de delicado misterioso són,
llevan la amena faz y la alegria
hasta su conmovido corazon.
Siente flores ceñidas á su frente
cuyo perfume le embriaga el alma,
y allá á lo léjos el murmurio siente
del mar sereno que suspira en calma.
A sus plantas conoce que ha tegido
un frondoso tapiz la primavera,
y el pecho siente con placer enchido
del dulce afán de la ilusion primera;
y los ojos cerró suavemente
para gozar con plácida delicia,
y oréa en tanto su ardorosa frente
del áura perfumada la caricia;
y en el instante mismo un frio agudo
sintió en el cuello con dolor insano,
y abrió los ojos, y de asombro mudo
vió delante el espectro de su hermano.
Los rudos frios descarnados brazos
á su garganta estrechos le ceñia
en funerales espantosos lazos:
y la lívida boca sonreia.
Lumbre fosforescente y azulada

rodeaba al espectro repugnante
por la muerte sin duda colocada
y en sus hundidos ojos chispeante.
¡Piedad! gritóle en angustioso acento
Alvaro palpitante en su agonía;
¡piedad! gimió con su rumor el viento,
¡piedad! y el esqueleto se reia.
Del cuello la estrechísima lazada
soltó por fin el vengativo hermano,
y, volviendo la frente descarnada
una señal produjo con la mano.

XIII.

Como agrupa la tormenta
en revuelto torbellino
con su ráfaga violenta
blancas olas en la mar,
así en marcha silenciosa
esqueletos descarnados
á la señal misteriosa
se vinieron á juntar.
Parecia que brotaban
de la tierra por doquiera:
sus mortajas se plegaban
de sus huesos en redor;
y debajo las arcadas
decorando el aposento,
avanzaban ciento y ciento
en callada procesion.
Agarrados de la mano
los sudarios arrojando,

silenciosos esperando
de su danza la señal,
sus estúpidas miradas
paseaban por do quiera,
y sus filas apretadas
estrechaban más y más.

XIV.

Y en rápido vuelo
en loca alegria
su danza frenética
se vió principiar:
del jóven en torno
con rara armonía
bailaban, y música
de estraño sonar.
El choque que hacian
sus dientes y huesos
castañeteando
con rabia y furor,
el eco fatídico
de sus carcajadas,
guiaba en cadencia
la danza veloz.

XV.

Cuando el rápido baile comenzaron
al compás singular y fatigoso
los cuerpos muellemente menearon
en lánguido balance perezoso.
Mas luego aumenta su anhelo

y crece su insano afan,
y dando mas prisa van
al vertiginoso vuelo.
Aumenta el ruldo
y apuran la danza
y se precipitan
y vienen, y van.
Y chócanse cráneos
y cóncavos ojos
y pálidos huesos
con furia tenaz.
La prisa
se aumenta:
¡que rara
fusion!
se lanzan,
se pierden
con ansia
veloz.
La danza
los junta,
y Alvaro
vé,
que cerca
los tiene
y vánle
á envolver.
Lanza
grito
de terror,
cáe

al suelo
con dolor.
Y como de la lira el dulce acento
se pierde en vagarosa lontananza,
así llevose el suspirante viento
los fantásticos ecos de la danza.

XVI.

Pocos dias despues, el pueblo entero
en confuso tropél amontonado,
por el estrecho rápido sendero
al Castillo subia alborotado.
Y contábanse á fé muy raras cosas,
muy estrañas fatídicas consejas,
que con cascadas voces temblorosas
mútuamente decíanse las viejas.
Las desgracias comentan con espanto
Alvaro y su hermano acaecidas,
y hablan de sortilegios y de encanto
y de sangre y de muertes y de heridas.
Sin duda á los dos hermanos
contraria les fué la suerte:
en esto no se engañaba
la atemorizada gente.
Juan fué hallado moribundo
á la mañana siguiente
de aquella noche fatal
de luto, de horror y muerte;
Alvaro despareció
sin que nadie comprendiese

como en tal trance abandona
á Juan, que tanto le quiere,
dejándole morir solo
sin nadie que le consuele.

XVII.

Buscáronle por do quiera
sin que nádie dar razon
de su desaparicion
en todo el pueblo pudiera;
pero por azar un dia
halló un pastor su sombrero
al principio del sendero
que á la altiva Torre guia.
El camino abandonado
comenzaron á ascender,
pudiendo reconocer
el piso de nuevo hollado;
y al acercarse á la puerta
con admiracion notaron
que cerrada la dejaron
y la encontraban abierta.
Cruzaron la galeria
imponente y silenciosa,
y la sala misteriosa,
(y nó sin miedo á fé mia.)
Y una puerta tropezaron:
y con acento de espanto
«¡Vírgen pura! Cristo Santo!»
llenos de terror gritaron.
Y no me estraña por cierto

su horrible sorpresa helada:
pues del salon á la entrada
Alvaro yacía muerto.
Un trozo de su vestido
la puerta tal véz cogió
cuando de abrirla trató
y por él se encuentra asido;
y ésta la invisible mano
fué la que causó su agonia,
cuando soñó que veía
el espectro de su hermano.

CONCLUSION.

Mas hoy aún la tradicion publica
que fué la mano de la bella Fada
la que detuvo al jóven en la entrada,
y así su muerte la creencia esplica;
diciendo le mató porque mentia
al pedirle la yerba salvadora,
siendo así que su hermano á aquella hora
herido estaba, sí; pero vivia.
Guió el puñal la fratricida mano,
y Juan sanó de la profunda herida,
aunque algun tiempo le enlutó la vida
el recordar al infeliz hermano.
Pero de Aura el amor le dió consuelo
á quien pronto condujo á los altares

ella borró sus lánguidos pesares
y hacerle supo de la vida un cielo.
Y entre tanto, á la gente acobardada
con estraño prestigio poderoso
siempre inspiró terror supersticioso
el siniestro CASTILLO DE LA FADA.

FIN.